

The background of the book cover is a photograph of a person standing on a rocky outcrop, looking out at a vast ocean under a dramatic sky. The sun is low on the horizon, creating a strong lens flare and illuminating the clouds with warm, golden light. The water reflects the colors of the sky, and the overall mood is contemplative and serene.

ÁNGEL CARABAJAL es

ÁNGELO

SEAMOS
FELICES,
EL RESTO
VIENE SOLO

SERGIO OVIEDO

 Planeta

Sergio Oviedo

ÁNGELO

**SEAMOS FELICES,
EL RESTO VIENE SOLO**

Capítulo 1

METAMORFOSIS

Nadie en Caleta Olivia vio al Cristo crucificado en las penumbras del esqueleto de cemento. La figura estaba en el centro de la sala vacía con los brazos extendidos, pero no había clavos en sus muñecas. En todo caso, los estiletes de hielo que se metían por las aberturas donde debían estar las ventanas eran los que mantenían a la figura tesa.

* * *

Detrás del escenario, por la gran cantidad de luces, maquillaje y vestuario —zapatos negros de charol, pantalón ajustado, camisa blanca, saco negro y moño colorado—, el calor era insoportable, sofocante. Los tres ventiladores industriales de pie con aspas de acero de 30 centímetros de diámetro no daban abasto y todos —técnicos, actores, asistentes— transpiraban y tomaban agua como camellos.

Por su cabeza comenzaron a pasar imágenes a gran velocidad, como si contemplara la vida desde

un tren bala o desde un auto de Fórmula 1 a 250 kilómetros por hora. La sensación de adrenalina era la misma que se tiene cuando el carrito de la montaña rusa llega hasta el pico más alto y se desploma al vacío. En su vida había atesorado tantos momentos de felicidad que se sentía satisfecho. Pero cuando el telón comenzó a abrirse, los gritos del público se silenciaron y el mundo se detuvo. Como por arte de magia, todo se había congelado. Parado en medio de las tablas, Ángelo abrió los brazos y tiró su cabeza hacia atrás: el mismo Cristo, la misma cruz invisible.

Afuera, la sangre del acuchillado todavía manchaba casi toda la cuadra del teatro sobre la avenida Corrientes. Tiempo después, según quien contara la historia, ese hilo rojo podía medir doscientos metros o más. Algunos decían que regaba la acera hasta la 9 de Julio.

El anuncio de la obra *Ángelo* produjo una revolución. La gente había arrasado en pocas horas con los boletos de las primeras quince funciones el mismo día que se pusieron a la venta. Existían dos maneras de obtener aquellos tickets, que cotizaban como los boletos dorados de Willy Wonka. La primera, la más cómoda y sencilla, a través de la venta online, tradicional y traicionera: la página se colgaba, la espera era interminable y no brindaba seguridad. La otra, la que eligió la mayoría, comprar directamente en las ventanillas del teatro. Como en otro tiempo.

Los acampes en la calle ya no tenían que ver con planeros desahuciados listos para marchar sobre los

ministerios. No. Eran fanáticos que habían esperado semanas a la intemperie, protagonizando muchas de las miserias que rodean al hombre. Gente vaciando el vientre en la vereda cuando los baños de los bares se hallaban colapsados, descuidistas que aprovechaban el cansancio para hacerse de billeteras o celulares, colados, coleros que vendían su lugar por Mercado Libre y lo más grave, lo que fue nota central en los canales de noticias: una pelea de madrugada que terminó con un hombre de 35 años apuñalado tres veces en el estómago, y que había dejado un reguero de sangre.

La rápida intervención del SAME posibilitó que un médico venezolano lo operara de urgencia y le salvara la vida. Héctor, el Polaquito para los amigos, saltó a la fama de un día para otro al contar su historia en distintos programas y noticieros. “*¡Yo muero por Ángelo!*”, confesó entre lágrimas, sin reparar en lo cerca que había estado de hacerlo realidad. Así, se ganó un lugar en la lista de invitados en la Función de Gala.

Toda esta locura provocó que varias semanas antes del estreno para el gran público, la prensa especializada hablara de *Ángelo* como “*una obra única, reveladora, trascendental*”. En la cumbre de la pasión, alguno se animó a decir que finalmente “*Broadway llegó a Buenos Aires*”. La expectativa que se generó fue tan grande que varias marcas de ropa pagaron cánones muy generosos para confeccionar remeras, buzos y camperas alusivas al show y a su intérprete.

Un número incalculable de vendedores ambulantes imprimió tazas, gorros, fotos, pósteres y llaveros, el merchandising habitual, que tapizó de mantas toda la avenida. Y esa noche, ese sábado templado de otoño, el del debut, hubo alfombra roja, decenas de medios de la Argentina y del mundo y una lista de invitados vip similar a la de los premios Óscar.

Ángelo estaba viviendo un sueño, el más importante de su vida. Una de esas películas de final feliz. Aunque estaba a minutos de estrenar La Gran Obra de su vida se lo veía sereno, en paz. No había ansiedad; sus manos no sudaban, y ni señales de ese nudo en la garganta que tantas veces solía padecer antes de salir a escena. Pero en el momento exacto en que la banda arrancó con los primeros acordes del tema de apertura, Ángelo comenzó a tiritar. No podía controlar el temblor de los labios y un frío polar, hondo y profundo se le coló entre los huesos hasta dejarle la mente en blanco. Su último recuerdo de ese instante sería una inmensa felicidad que le llenó el alma.

Luego, un frío partió de sus pies y se le extendió por todo el cuerpo. Sus piernas se entumecieron al mismo tiempo que lo hacía el estómago, los hombros, los brazos. Intentó cerrar los dedos con fuerza, buscando que ese movimiento de puño apretado lo sacara del trance. Pero no pudo. Algo, una fuerza sobrenatural, se lo impidió. En ese punto donde los sueños convergen con la realidad, su cuerpo se materializó en otro espacio y otro tiempo. Estaba en Caleta Olivia, Santa Cruz.

Todo lo anterior había desaparecido. Ya no estaban las butacas, las luces ni el público, y de ese imponente escenario no había rastros. La imagen volvía a ser la de un descuidado esqueleto de cemento con ladrillos a la vista, lleno de aberturas, sin ventanas. Su traje de gala había desaparecido y su cuerpo no era el mismo. Estaba más joven, con unos jeans celestes gastados y un buzo de color rojo. Un Ángelo adolescente de 14 años jugaba a estar sobre las tablas, los brazos como alas tiesas. El viento helaba sus huesos. A su lado no había maquilladores: estaba Maciel, su primer profesor de baile, la persona que —él sentía— le había dado las primeras herramientas para soñar con ser alguien respetado.

Corría el mes de junio del año mil novecientos noventa y siete; ninguna de las catastróficas profecías se había cumplido. Los planetas no se alinearon como alertó el escritor Richard Noone, y la predicción maya anunciadora de un derretimiento de los Polos que dejaría a la Tierra bajo el agua había quedado en eso: escritos, habladurías, que no impidieron a la vida normal seguir su curso.

Con la certeza de que la Segunda Venida de Cristo solo había sido una venta de humo del médium y vidente norteamericano Edgar Cayce, Ángelo y Maciel habían decidido recorrer a dedo los más de 1.900 kilómetros que separan Oncativo —un pueblo de poco más de 10.000 habitantes de la provincia de

Córdoba— de Caleta Olivia, una ciudad de la Patagonia argentina situada en el departamento Deseado, al norte de Santa Cruz y a orillas del golfo San Jorge. Estaban a 700 kilómetros de Río Gallegos, la capital santacruceña. La idea era conocer y aprender los bailes autóctonos del sur argentino, una aventura que parecía anunciar un segundo viaje de egresados y que no tardaría en transformarse en pesadilla.

Al llegar, tal lo previsto, encontraron refugio en la casa de Gustavo, el hermano de Maciel, quien vivía junto a su novia. Pero luego de algunos días de convivencia sucedió el desastre. Una pelea de la pareja desató el caos, el aire se volvió irrespirable y los jóvenes decidieron marcharse. Con poca plata en los bolsillos y abandonados a su suerte, imaginaron que podían pasar la noche rasgando la guitarra y tomando unos mates cerca del mar. La inconsciencia adolescente hizo que ninguno de los dos le prestara mayor importancia al hecho de tener que dormir en la calle en una de las ciudades más frías de la Argentina.

Compraron unas porciones de pizza para matar el hambre, una petaca de whisky para subir la temperatura y agua caliente para el termo. Luego quisieron acampar en una playa de pedregullo cercana al centro. Entrada la medianoche, cuando el viento del Océano Atlántico se hacía sentir, entendieron que debían buscar un refugio. La primera opción fue una galería comercial ubicada a pocas cuadras, en una de las calles principales. Pero el acceso estaba cerrado con una puerta tijera y un candado. A los dos se les

cruzó la idea de romper la cerradura, pero enseguida desistieron. “*No más problemas por esta noche*”, coincidieron. Y luego de vueltas y más vueltas por la ciudad, se refugiaron en aquella obra en construcción.

Para Ángel no iba a ser esa la primera noche durmiendo en la calle. Apenas había cumplido los 3 años cuando su abuela Antonia comenzó a llevarlo a mendigar por distintos pueblos de Córdoba junto a César, su primo dos años mayor. Aquella mujer —que de bebé lo había rescatado del orfanato cuando la Policía lo separó de sus padres— lo incentivó a limosnear y lo convirtió en un *pedigüeño*, mote que Ángel odiaba con todas sus fuerzas.

La diferencia es que desde aquella primera vez habían pasado once años y la noche lo había sorprendido en la Patagonia. Acostumbrado a la brisa de la llanura cordobesa, se dio cuenta de lo dura que puede ser una oscura madrugada de invierno en uno de los lugares más fríos del planeta. Así que aquella estructura de ladrillos a medio construir terminó siendo el refugio elegido. Una vez adentro pensaron enseguida en pegar la vuelta. Pero el cansancio, el sueño y las pocas posibilidades de encontrar otro techo los hicieron desistir.

Eso parecía un elefante blanco. Mil quinientos metros cuadrados techados: un gran salón que ocupaba casi toda la superficie y varias habitaciones a los costados. En los lugares más cerrados el viento que llegaba no se sentía tanto, y a esos sitios apostaron de entrada. Pero al ingresar en los distintos

recovecos se les revolvió el estómago: era una trampa nauseabunda. Como el lugar no estaba vigilado de día ni de noche, se había convertido en el “excusado” perfecto para que cirujas y linyeras hicieran allí sus necesidades.

Casi todos los rincones estaban llenos de mierda. Había montañas de excremento llenas de moscas. La escena se completaba con decenas de preservativos usados y abandonados aleatoriamente, ya que muchas parejas iban allí a saciar sus apetitos sexuales. *“En esta habitación, a los 36 años, me rompieron el orto por primera vez. Firma: Raúl”*, se podía leer en una de las paredes. La discusión que tuvieron Ángelo y Maciel era si la leyenda había sido escrita con un marcador de color marrón o con la caca del propio firmante. La duda les quedó, porque ninguno de los dos tuvo valor para acercarse y apoyar la nariz para ver cuál de los dos tenía razón.

A esa altura de la noche las decenas de ratas que salían espantadas cada vez que prendían sus linternas eran un mal menor. La decisión que debían tomar no era sencilla. O se encerraban en alguna de las habitacionesapestosas o amontonaban todas sus cosas en el medio del salón y se aguantaban el frío. Finalmente, la segunda opción les pareció la más acertada. *“Ángelo, el frío me lo puedo bancar. Pero si vuelvo a entrar ahí voy a terminar vomitando la pizza”*, dijo Maciel mientras apoyaba su bolso en el cemento helado.

Ángelo pensó en la noche anterior, en la sensación de comodidad que había sentido mientras

comía un vacío al horno con papas en una mesa junto a la chimenea. Y el contraste le confirmó que la suerte no estaba de su lado. Con apenas 14 años se había convertido en un sobreviviente, alguien a quien la muerte, como perro curioso, había olfateado varias veces. Podía ver su vida de dos maneras, con el cristal del vaso medio lleno (pese a todo todavía estaba vivo) o a través de la mitad vacía (la vida no podía ser más cruel).

Lo primero que le vino a la mente para intentar contrarrestar el suplicio fue uno de los consejos que le había dado su abuela: meterse pedazos de cartón en el pecho y en la espalda para mantener el cuerpo caliente. Pero esta receta casera podía servir en Córdoba, donde en julio —el mes más frío del año— las temperaturas descendían como mucho hasta cinco grados. En Caleta, con el viento patagónico soplando con bravura, la temperatura era de diez bajo cero, y en ese lugar abierto penetraba hasta los huesos. Allí el cartón no servía para nada. Cobijarse con la luz de la Luna, sin reparo, sin calefacción, puede ser mortal.

En eso andaba Ángel, haciendo malabares para no congelarse, poniéndose cosas en todo el cuerpo mientras temblaba como una hoja. Los tres pares de medias que se había calzado en los pies no servían para calentarse; tampoco los dos pantalones de jogging ni las dos remeras y los tres buzos. Cualquier intento por sacarse el frío era vano; solo correr y saltar durante unos minutos le daba un poco de alivio.

Pero cuando su cuerpo se aquietaba, rendido por el cansancio, el frío reaparecía. Primero en los dedos de sus pies, luego en las piernas, el torso, las manos, el pecho, la cabeza, los pelos...

A medida que el congelamiento avanzaba, su piel iba volviéndose blanca, para cambiar luego a azul oscuro. Sentía que era un sufrimiento insoportable, el más violento que había vivido. Era incluso peor que el hambre que muchas veces sintió de pequeño. Todo duró unas horas, acurrucado o hecho una cruz, hasta que no hubo más sensación de frío en las piernas, como si los músculos y las articulaciones hubiesen desaparecido o dejado de funcionar. Lo que siguió fue una serie de síntomas típicos de la hipotermia: taquicardia, hipoventilación, rigidez, temblores y confusión, más confusión.

Ángelo comenzó a ver sombras blancas en el fondo del salón. Y butacas, y luces, y un teatro repleto de pie. Después no vio nada y se largó a llorar desconsoladamente, a reclamarle a Dios igual que Cristo clavado en la cruz. *“Dios mío, Dios mío: ¿por qué me abandonaste?”*.

Y así, con cristales de hielo en las manos desnudas, se entregó al sueño más profundo.